ACERCA DE LA HISTORIA Y SUS PELIGROS EN LA ACTUALIDAD (*)

Miguel Angel CIURO CALDANI (**) 

1. Nuestra existencia se manifiesta en el encuentro de infinitos cursos temporales. En su perspectiva histórica se encuentran específicamente dos temporalidades: la de los sucesos historiados y la del historiador. 

Dado que el hombre es un ser que necesita una referencia temporal la historia es una “tarea”, un deber ser para su propio ser. Además, la historia constituye un “tribunal” que desde el porvenir juzga el pasado, y que ha resultado, de cierto modo, característico para la condición humana. Los hombres somos seres que nos juzgamos “transtemporalmente” y a menudo necesitamos contar con el pronunciamiento de dicho tribunal. 

2. La historia es un fenómeno tridimensional (1) que consta de una dimensión sociológica de actos y hechos históricos de “transtemporalidad”, una dimensión lógica, de juicios que captan racionalmente esos actos históricos y una dimensión axiológica que requiere realizar “transtemporalmente” el valor verdad respecto del valor humanidad (el deber ser cabal de nuestro ser) y, muchas veces, también otros valores. En el caso de la Historia del Derecho, se trata del complejo de valores jurídicos, culminante en la justicia (2). 

El historiador, situado en el futuro del suceso a historiar, pretende dar cuenta de éste, que se ha convertido en pasado. A diferencia del hecho histórico, el acto histórico realiza una transtemporalidad consciente, respecto de la cual es esclarecedor reconocer quién historia, quién recibe la historia, qué luminosidad u oscuridad histórica se produce, cuál es la forma en que se llega al acto histórico y cuáles son sus móviles, sus razones alegadas y, en su caso, sus razones sociales. 

Normalmente el acto histórico está a cargo del historiador que, desde el futuro, trae a la comprensión el pasado. El historiador decide, de manera más o menos consciente, si ha de predominar su propia temporalidad o la del suceso historiado, produciendo así una historia más constructiva o reconstructiva, pero además se presenta a menudo la pretensión preconstructiva de los protagonistas de los sucesos históricos.

(*) Meditación del autor en relación con la comunicación “História Contemporânea do Direito e Sociologia Histórica” presentada por el profesor Mario G. Losano en el V Congresso Brasileiro de Filosofia.

(**) Investigador del CONICET.


Como el hombre es un ser futurizo, a menudo desde el suceso a historiar se pretende influir en la elaboración de su historia futura. El hombre es un ser que se “pre-ocupa” por su propia historia, en mucho porque comprende que la historia le permite superar su limitación temporal. En este marco pueden producirse la cooperación histórica entre los protagonistas de los sucesos y quienes los historian, pero también el fraude histórico.

Como tal, el contacto histórico entre cursos temporales puede esclarecerse con la teoría de las respuestas jurídicas elaborada en base a la “parte general” del Derecho Internacional Privado clásico (3). A semejanza de lo que sucede en el Derecho Internacional Privado clásico hay que resolver en el juicio histórico problemas de calificaciones (determinando los alcances del suceso estudiado según criterios de los protagonistas de los sucesos o los historiadores), del fraude histórico (cuando se producen un suceso o un documento para ocultar el verdadero suceso a historiar), del reenvío histórico (cuando un suceso remite a otro con miras a su mejor comprensión) y de la incompatibilidad histórica (cuando el historiador le resulta inadmisible el suceso histórico).

3. El fraude histórico puede ser a la expectativa, cuando se produce desde el pasado al porvenir o retrospectivo, cuando se proyecta desde el porvenir. Tradicionalmente el fraude histórico a la expectativa está a cargo de “cronistas oficiales”, a menudo al servicio de los poderosos, pero en nuestro tiempo “postmoderno” el carácter económicamente monolítico que subyace a las fracturas de la vida superficial y los enormes recursos tecnológicos (4) facilitan y promueven cada vez más la preparación falsificada y cerrada de la historia, que puede resultar muy difícil de desenmascarar y significaría, de cierto modo, el a veces erróneamente anunciado “fin de la historia”.

Es legítimo el derecho de los protagonistas de los sucesos a participar en la elaboración de su historia, pero si estos protagonistas se adueñaran de su propia historia al punto de hacer prevalecer la apariencia sobre la realidad, la historia como tal desaparecería.

4. La historia es una relación entre temporalidades, entre las que debe haber cierta proporcionalidad. Por esto el enorme avance en el conocimiento del pasado, el presente y el porvenir que permiten las ciencias y las técnicas actuales, en el que incluso disminuye el sentido de protagonismo, reduce las posibilidades de la historia. En el instante, pero también en el infinito, el sentido histórico se disuelve.

Es más, la ingeniería genética, tan desarrollada ya en estos días, se muestra en condiciones de llegar a determinar las características de los hombres del porvenir y si esto es así el acto y el hecho históricos como “revelación” producida en el futuro perderían su sentido.

5. El avance de las características de la postmodernidad significa no sólo importantes beneficios, por ejemplo de prolongación de la vida, bienestar, etc., que resultan evidentes, sino el peligro relativamente oculto para la profundidad de la condición humana, que se proyecta a la historia.

El hombre ha venido caracterizándose por la búsqueda de un sentido y un tribunal del futuro,

(4) Es posible v. nuestro artículo “Panorama trialista de la Filosofía en la postmodernidad”, en “Boletín del Centro de Investigaciones de Filosofía Jurídica y Filosofía Social”. Nº 19, págs. 9 y ss.
sea éste del más allá o de la posteridad histórica. Sin embargo, el tiempo de la cada vez más poderosa y cerrada civilización de la postmodernidad podría significar el triunfo de un eterno presente que daría como resultado a un hombre fuertemente “aHistórico”.

La integración entre las tres dimensiones de la historia se hace especialmente evidente en el funcionamiento del juicio histórico, que ha de ser interpretado pero a menudo también elaborado o sustituido. Sin embargo, en la postmodernidad la interpretación y la elaboración pueden resultar decisivamente precondicionadas y la sustitución imposible.

6. Quizás para salvar a la historia el historiador del futuro necesite, cada vez más, de un desmitificador esfuerzo humanista, de cierto modo de una “contracivilización”. Los propios avances científicos y tecnológicos contribuyen a fundar la esperanza de que esto ocurra, sobre todo si son iluminados a la luz de la filosofía. La conciencia histórica de los cursos de la ahistoricidad postmoderna puede ser una de las mejores garantías de la condición histórica.